

Amazonas, que es el nombre que lleva hoy día, pero que llenó de terror y angustia á Pinzón y sus compañeros. Estos reflujos rápidos son originados por el choque violento de las monstruosas masas de agua que van río abajo con las olas del mar en el período de la pleamar. En un momento se hinchaban las encontradas olas hasta formar enormes montañas cuyo espantoso estruendo se oye á muchas leguas de distancia.

Sólo á fuerza de trabajo pudieron escapar los navegantes de este espantoso espectáculo, ganaron la orilla derecha, y navegando á lo largo de la costa llegaron por el camino seguido ya por Ojeda á la embocadura del Orinoco hasta alcanzar el país de Paria, donde cargaron los barcos de palo brasil.

Hiciéronse de nuevo á la mar, y atravesando la Boca del Dragón, descubrieron la isleta de Tobago, situada al Nordeste de Trinidad; después de una corta permanencia en la Española, llegaron á las islas Bahamas, dedicándose allí á la caza de hombres, ya que los beneficios obtenidos hasta entonces no bastaban á cubrir los gastos. Durante un furioso huracán se fueron á pique dos barcos con toda su tripulación; los sobrevivientes llegaron al fin con toda felicidad y con las otras dos carabelas al puerto de Palos hacia fines de septiembre del año de 1500.

Las ganancias materiales de esta expedición fueron casi nulas. No habían hallado oro, ni otro metal precioso, y el cargamento de madera que traían resultó en su mayoría sin valor alguno. A esto hay que agregar la pérdida de los dos barcos, así como la de la tripulación, circunstancia esta última que dejó á muchas familias de Palos sin padres y sin apoyo. Pinzón vióse tan cargado de deudas á causa de su malograda expedición, que fué preciso implorar el favor del rey para poder librarse de las garras de sus acreedores. Pero aunque la travesía había sido un fracaso total bajo el punto de vista financiero, en cambio habíase descubierto un importante trozo de aquel misterioso mundo occidental, el Brasil y el río mayor del mundo, y se había asimismo resuelto el antiquísimo problema de si eran ó no habitables para los hombres los países situados bajo el Ecuador.

Tenemos que mencionar una cuarta expedición del año de 1499, llevada á cabo por Diego Lepe, natural de Palos, que abandonó el puerto de este nombre con sólo dos barcos poco después que Pinzón. Poco sabemos referente á esta travesía, y esto poco es que navegó al rededor del cabo de Santa María de la Consolación, que ya había sido descubierto por Pinzón, y que le dió el nombre de Rostro Hermoso. Lepe regresó por el mismo camino que Pinzón, llegando á Palos por el mes de noviembre del año de 1500.

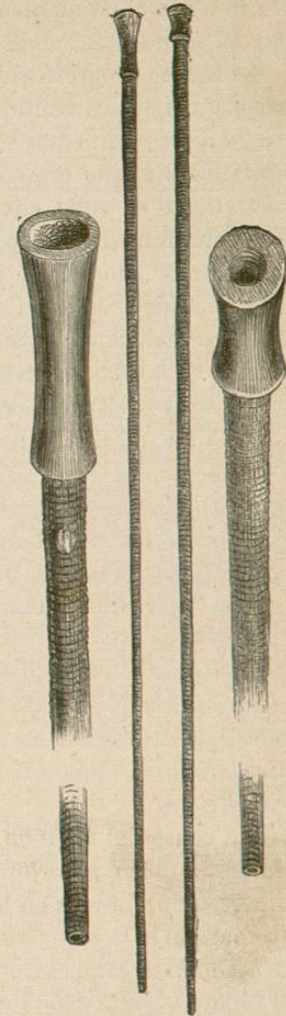
En este mismo año tuvo lugar el descubrimiento de la costa meridio-

nal del Brasil, llevado á cabo por Pedrálvarez Cabral hacia mediados del mes de abril. Pedrálvarez, que se hallaba al servicio del rey de Portugal, hacía con una gran escuadra una travesía á la India, donde pensaba llegar por el Cabo de Buena Esperanza. Arrastrado por la corriente ecuatorial más al Sudeste de lo que deseaba, llegaron impensadamente, el 21 ó 24 de abril, á la costa de un país montañoso situado bajo los 18° de latitud meridional, y que, según las apreciaciones de los viajeros, distaba 450 leguas de la costa oriental del Africa.

Siguieron por espacio de muchos días las costas de este país desconocido, el cual estaba muy poblado de bosque, entrando también en tratos con los indígenas, que iban casi totalmente desnudos, poseían sólo armas muy primitivas, desconocían por completo los metales y se albergaban en miserables albergues, contruídos con hojas de palmera, que los defendían contra el viento y la lluvia. Bajo sus inclinadas techumbres colgaban las hamacas, que fabricaban con cordones de algodón.

El país era muy rico en palo campeche, al que á causa de su coloración encarnada, que parecía carbones encendidos, diósele el nombre de palo brasil, del cual tomó más tarde el nombre toda la costa. Cabral, que tomó este país por una gran isla, puso á la costa el nombre de Santa Cruz, tomando posesión de ella en nombre de Portugal. Mientras proseguía su viaje á la India, después de una corta permanencia en aquellos lugares, envió á uno de sus capitanes á Portugal para llevar la noticia de su descubrimiento.

En octubre del mismo año abandonó también Rodrigo de Bastidas el puerto de Cádiz, en compañía del piloto Juan de la Cosa, con dos barcos, visitando el golfo de Venezuela é investigando desde el cabo de la Vela toda aquella desconocida parte de la costa hasta llegar al istmo de Panamá. Tanto la embocadura del poderoso río Magdalena como el golfo de Darien fueron descubiertos por él, que prosiguió su camino si-



Cerbatanas brasileñas para flechas envenenadas, que se conservan en el Museo Etnográfico de Munich.

guiendo la lengua de tierra de este nombre, con la esperanza de hallar un paso occidental para llegar hasta el actual cabo de San Blas. Descubrió por lo tanto el istmo un año antes que Colón, el cual llegó á él en noviembre del año de 1502 en el transcurso de su cuarto viaje.

Durante el regreso vióse obligado Bastidas á abandonar en la costa de la Española sus carcomidos barcos, y al emprender el viaje á Santo Domingo á pie, y en compañía de sus tripulaciones, fué preso y encadenado por Bobadilla, que era entonces gobernador de la isla, el cual, considerando ilícito su viaje, envióle á España cargado de cadenas. Mas habiéndose comprobado al cabo de algún tiempo que había obrado con permiso de la Corona, no sólo le pusieron en libertad devolviéndole los pingües rendimientos producto de su viaje, descontada la parte que correspondía al tesoro real, sino que en recompensa de sus servicios concedieronle una pensión de 50,000 maravedises, que cobraría de los rendimientos que diesen los países situados en el golfo de Urabá (Darién) y Barú. Más tarde parece que fué distinguido también Bastidas con el título de almirante; la losa sepulcral del descubridor, que existe aún en la catedral de Santo Domingo, ya muy desgastada á causa de servir de grada al altar, tiene una inscripción muy borrosa, que reproducimos nosotros en el grabado siguiente. Dicha lápida, que fué grabada algunos siglos después, está empotrada en la pared de la primera capilla lateral á la izquierda de la catedral, y dice así:

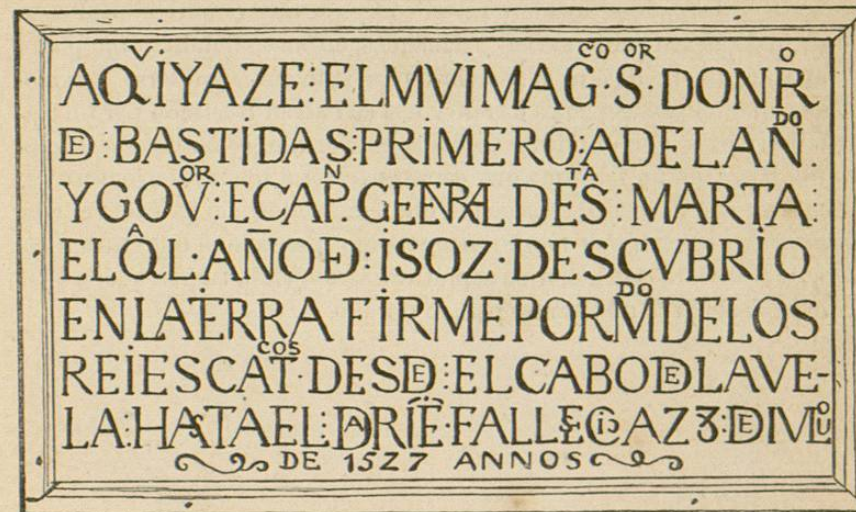
Aquí yaze el mvi magnífico Señor Don Rodrigo de Bastidas, primero Adelantado y Governador e Capitán General de Santa Marta, el qual el año de 1502 descubrió en la Tierra Firme por mandato de los Reyes Católicos desde el Cabo de la Vela hasta el Darién. Falleció á 28 de julio de 1527 annos.

Si á causa del viaje de Rodrigo de Bastidas fué completado el descubrimiento de la costa Norte de la América del Sur, las expediciones posteriores, emprendidas en los años de 1502 y 1505 por Ojeda, en el de 1504 por Juan de la Cosa y Cristóbal y Luis Guerra, y en el de 1509 por Ojeda y por Diego de Nicuesa, más que el descubrir nuevas comarcas, tuvieron por objeto la fundación de colonias, y por lo tanto pueden ser pasadas por alto por nosotros.

Todas estas expediciones tuvieron sin excepción un fin desastroso, sangrientos combates con los guerreros indígenas, hambre, fiebres, borrascas y todo género de penalidades, que arrebataron á la vida centenares de hombres, y entre ellos Nicuesa y Juan de la Cosa. El primero sucumbió sin duda durante una tempestad que echó á pique su barco, y el segundo, en compañía de 96 de sus compañeros, bajo las envenenadas flechas de los habitantes de la costa en las inmediaciones de la actual Cartagena. Su

cadáver, acribillado de flechas y atado á un árbol, fué hallado más tarde por las gentes de Ojeda, y á consecuencia de su horrible aspecto, fué tal el horror que inspiró á los españoles, que huyeron precipitadamente de la temible costa.

También Ojeda tuvo que sufrir terribles peripecias. Fué el único sobreviviente de una gran hueste que había salido en contra de los indige-



Lápida conmemorativa del almirante Rodrigo de Bastidas, existente en la catedral de Santo Domingo (Dibujada del original por Rodolfo Cronau)

nas. Sólo á una casualidad debió el ser encontrado por la expedición de Nicuesa, sumamente oculto entre la maleza, extenuado por el hambre y sin poder articular palabra á causa de su profundo abatimiento. Su rodela, que mostraba 300 flechazos, atestiguaba bien claramente el reñido combate en que había tomado parte.

En un segundo encuentro con los indios recibió también Ojeda un envenenado flechazo en un muslo, y lo que mejor demuestra el indomable valor del hidalgo es el que ordenase que le quemasen la herida con un hierro candente, envolviéndosela después con vendas empapadas en vinagre, enérgico procedimiento con el que logró salvar su vida.

Indecibles fueron los sufrimientos que tuvo que soportar cuando, al emprender una travesía á la Española para proporcionarse refuerzos y provisiones, fué arrojado por la tempestad á las costas de Cuba, teniendo que abandonar allí el destrozado barco.

De las setenta personas que naufragaron con él sólo treinta y cinco se

salvaron; las otras hallaron una muerte horrenda en las dilatadas lagunas y pantanos que tuvieron que atravesar en su viaje. A la feliz circunstancia de hallar un pueblo indio tuvieron que agradecer los pobres náufragos su salvación, pues á no ser por esto hubieran sucumbido como sus compañeros. Los indígenas no sólo les dieron víveres, sino que pusieron á su disposición un bote para conducirlos á la Española.

Todas estas penalidades quebrantaron las fuerzas de Ojeda, de aquel valiente y verdadero caballero sin miedo y sin tacha, muriendo, al cabo de algunos años de enfermedad y achaques, en Santo Domingo, tan pobre y tan solo, que no dejó ni lo necesario para sufragar su entierro. Reconociendo que todos sus planes de alto vuelo se habían frustrado por un trágico destino, y que él mismo se había convertido, como dice acertadamente Ruge, en un fastasma que causaba terror á todos los aventureros, ordenó en sus últimas disposiciones que fuese enterrado su cadáver á la entrada del convento de San Francisco, para que todo el que entrase en el templo tuviera que hollar su sepultura. Hasta en la tumba quería Ojeda humillarse para castigar su pasado orgullo.



Arma de mano, de piedra, de la Española
(Se conserva en el Museo Etnográfico de Copenhague)



*Amerigo Vesputius
piloto mar*

AMÉRICO VESPUCIO Y LA DENOMINACIÓN DEL NUEVO MUNDO

Un puesto particular y extraño, digámoslo así, ocupa en la historia del descubrimiento de América el hombre con cuyo retrato encabezamos este capítulo: Américo Vesputio. No siendo descubridor en manera alguna, ni teniendo el carácter de un Ojeda, de un Pinzón ni aun de un Lepe, sólo por haber tomado parte en algunas de las travesías descritas en el capí-